



LA VANGUARDIA

LA CONTRA

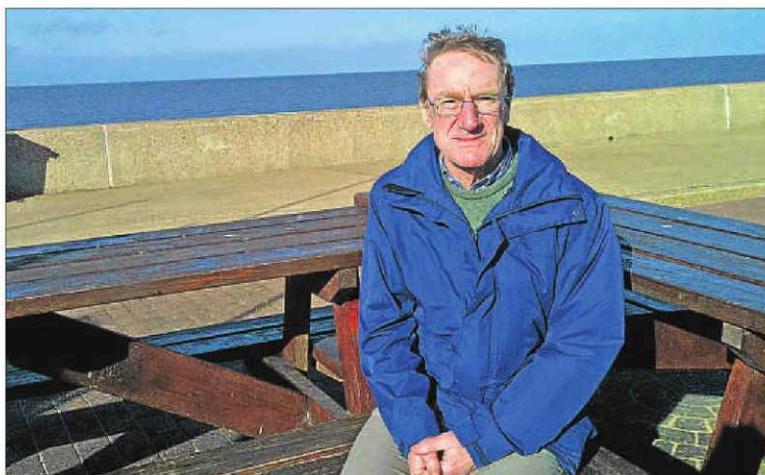
Michael Keating, politólogo y director del Centro de Cambio Constitucional de Escocia



VICTOR M. AMELA IMA SANCHEZ LLUÍS AMIGUET

Tengo 64 años, mi padre era católico irlandés y mi madre, protestante escocesa, por eso me interesan identidades y nacionalismos. Tengo tres pasaportes: irlandés, británico y canadiense, y un hijo casado en Bristol. Participo en el ciclo sobre soberanías de la Universitat de Girona

“El referéndum escocés lo ha decidido la aversión al riesgo”



PATRICIA ANNE KEATING

Aquí nadie lo sabe Keating, que habla un castellano impecable, ha recorrido estos días Catalunya: “Si sales de Barcelona –cuenta–, ves que este es un país con dos mundos: las comarcas y la metrópoli, y que entre ellos hay grandes diferencias también en lo político”. Su segunda impresión es más inquietante: “No acabo de acostumbrarme a que nadie aquí sepa qué va a pasar. Pregunto cuál será la salida y nadie tiene ni idea: ¿elecciones?, ¿y luego? En Escocia todos sabíamos qué sucedería en cada momento y que al final todo lo decidirían las urnas. Hoy ya conocemos su veredicto, pero también lo que la mayoría de los escoceses quería: la máxima autonomía sin abandonar Gran Bretaña”.

Por qué ganó el no? Las encuestas postelectorales muestran que los mayores de 60 años votaron no, igual que la mayoría de las mujeres...

¿Por qué? Por la correlación entre voto y tolerancia o aversión al riesgo, que en buena parte explica los resultados: quienes tenían menos que perder votaron por la independencia, como por ejemplo la mayoría de los pueblos pequeños y pobres.

¿Ganó el voto del miedo, entonces? Sólo en parte. Hoy sabemos que la primera amenaza funciona; la segunda, menos, y la tercera ya es contraproducente: el unionismo pronosticó la fuga de capitales si ganaba el sí y subió en las encuestas; luego, la expulsión de la libra y subió, pero ya menos, y al fin que “subirían los precios del súper”.

Esa ya no cuela. Por eso esa tercera amenaza desacreditó a los propios unionistas. En el resultado también influyó, además, el eje identitario: los nacidos en Escocia votaron más sí que los británicos no escoceses y también hubo más sí entre los del resto de Europa y entre los inmigrantes de fuera de Gran Bretaña.

¿El independentismo, al final, no ha sumado pero sí ha dividido a la sociedad? Al contrario: ha sido un gran debate colectivo, participativo y estimulante no sólo sobre la independencia, sino sobre toda la sociedad, sus instituciones y su economía.

¿Los del sí se sienten perdedores? Han superado expectativas, y Verdes y SNP han doblado su militancia, pero su gran logro es que Escocia hoy es un espacio mental político independiente, como Quebec: ahora cuando se habla de política en Escocia se está hablando de política escocesa.

¿El unionismo respira aliviado? Está a la defensiva y se enfrenta a la compleja negociación de las concesiones que hizo para evitar lo peor, que lo evitó.

¿En qué se parecen y en qué se diferencian las dinámicas escocesa y catalana? Ambas nacen de la degradación de viejos estados que no pueden atender las demandas de los ciudadanos ni sus prestaciones sociales y además sufren la corrupción política, la crisis financiera, fiscal, institucional...

¿Que su Estado decaiga es suficiente argumento para querer construirse otro? Hoy la Unión Europea les proporciona un marco institucional de cosoberanía que ha-

ce parecer viables proyectos estatales que no lo eran. Por eso ambos independentismos crecen desde su base tradicional minoritaria hasta el 40% o 50% del censo.

¿En qué se diferencian? En Escocia no tenemos la narrativa de represión cultural y negación identitaria que desde la dictadura aglutina al catalanismo. Nuestro nacionalismo, en cambio, ya era socialdemócrata y ahora se ha ampliado hacia la izquierda. Además, en Escocia la derecha unionista es casi inexistente.

Aquí envidian el valor de Cameron. El unionismo británico siempre ha aceptado la plurinacionalidad del Estado, pero por eso mismo también ha negado la autonomía de las naciones. Ya Dicey sentenció que “es imposible combinar la plurinacionalidad con la autonomía, porque eso sería el fin del Estado”: naciones, sí; autonomía, no.

¿De qué les sirve ser reconocidos? Escocia tiene selección nacional y billetes propios, pero mucha menor autonomía que Catalunya. Margaret Thatcher escribe con intención: “Si los escoceses quieren ser independientes, no debemos evitarlo”...

Eso es ser democrata. ¡Al contrario! Es la manera de evitar lo que la gran mayoría de escoceses quiere: máxima autonomía sin abandonar Gran Bretaña. Por eso, cuando Salmond con mayoría absoluta exige la máxima autonomía, Cameron le responde con el referéndum, que cree ganado por goleada si lo restringe al sí o no.

Pero Blair sí les dio cierta autonomía. Y se arrepiente de ello, como explica en sus memorias. Blair era un *outsider* con derivas imprevisibles como la de Iraq. Y Cameron, otro *outsider*, creyó que el referéndum sería la gran victoria del unionismo y ya ve que se equivocó, pero hay que reconocerle que dio al problema escocés la buena solución democrática por las peores razones.

¿El independentismo necesita líder? El escocés no cree en líderes carismáticos. La diferencia respecto a Catalunya y España es que allí quien pierde se va a casa. Siempre me ha sorprendido cómo se eternizan aquí sus líderes y hasta nombran sucesores.

¿Por qué no hubo eje escocés-catalán? Ni Salmond ni Mas querían molestar a España ni a Gran Bretaña, que, en su día, deberían reconocer una hipotética independencia. Al contrario, se dieron consignas para no mezclarse. Y yo tuve que comer con la primera ministra de Quebec, porque, para no molestar a Canadá, ni Salmond ni nadie importante quiso hacerle los honores.

Yo también pedí entrevista a Salmond. A los catalanes no se las concedía. También Mas rechazó –me consta– las de periodistas escoceses. Y por la misma razón.

¿Para cuándo el próximo referéndum? Han sido dos años muy intensos. Estamos cansados.

LLUÍS AMIGUET